



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9481

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

VIERNES 9 DE JUNIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorutte, rue. Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingortadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cubias.—Desincrustante.—Manufacturas de cautchuc y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustras, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

LITERATURA EXTRANJERA.

EL CIEGO.

En el mes de Septiembre de 188... el Sr. Way, antiguo profesor de música en Tolouse se instaló en Meuton con su hijo Enrique.

Alquiló en el barrio más apartado y en una de las calles extremas una casita cuyas ventanas daban al camino que descende de la montaña. La calma que reina en esa parte de la villa y el aire puro y embalsamado que se respira allí, determinaron su resolución.

Enrique Way era ciego.

A la edad de 15 años, su vista,

hasta entonces excelente, empezó á debilitarse de un modo gradual. Una nube, cada vez más espesa; empañaba sus ojos. Pronto le fue imposible descifrar la música nueva. Por último, la noche invadió sus pupilas dejándolas frías, insensibles, cerró los párpados, dos lágrimas rodaron por sus mejillas... ¡y eso fue todo!

El padre cogió de la mano al desdichado Enrique que era un notable violinista, y partió en busca de un médico que le curara. Todos los especialistas célebres fueron consultados y todos, con perfecta unanimidad de pareceres declararon que la operación que había de haberse á la vez que muy dolorosa, ofrecía serios peligros.

El Sr. Way, asustado é indeciso por estos augurios no se atrevió á resolver. Pero como le dijeran luego que el demorar por más ó menos tiempo la cura, no era perjudicial para el éxito de la operación, decidióse por esto último y emprendió una serie de viajes que agradaban mucho á Enrique, el cual se sentía arrastrado por esa infatigable actividad de los ciegos que quieren cambiar incesantemente de sitio.

Así transcurrieron cinco años al cabo de los cuales llegaron á Meuton donde debían pasar una temporada.

Vivieron allí como en todas partes, retirados del bullicio y saliendo únicamente por las noches á dar largos paseos.

Las mañanas estaban consagradas á la lectura en alta voz, y las tardes á la música. El antiguo profesor acompañaba al piano las improvisaciones de su hijo y éste gozaba lo indecible al hacer volar su arco sobre las cuerdas arrancando de ellas sonidos armoniosos, y, al ejecutar, extasiado, melancólicas romanzas en cuyas pausadas notas palpitaba el sentimiento de su perdida felicidad.

Por la noche apoyábase Enrique en el brazo de su padre y ambos se di-

rigían á la playa, allí se sentaba y permanecía largo rato inmóvil, concentrando toda su atención en los infinitos ruidos de las olas, buscando en ellos los innumerables acordes que componen la monótona armonía del mar.

Una vez se dirigieron á los bosques vecinos por el camino paralelo á la casa en que vivían.

Al cabo de quince ó veinte minutos de marcha, Enrique se detuvo. En aquel momento acababan de interrumpir el solemne silencio de la noche los acordes de un piano.

El invisible músico empezó á tocar con singular maestría la romanza de la Estrella de Tannhauser.

Cuando se perdió el eco de la última nota, Enrique que había permanecido inmóvil, apoyado en el brazo de su padre, preguntó:

—¿Quieres que nos detengamos por si tocan algo más?

—Con mucho gusto.

A la romanza siguió por un raro capricho del artista, un Wals de Chopin, tocado con febril apresuramiento, como si el ejecutante temiera que lo iba á faltar tiempo para acabarlo.

Después del Wals, un nocturno del mismo autor.... Luego silencio absoluto, obscuridad completa.

—Es un verdadero artista—exclamó el Sr. Way arrastrando suavemente á su hijo,

Y este murmuró con voz apenas perceptible.

—Es una mujer.

Con la sagacidad del ciego, cuyo oído tiene deliciosas delicadezas había reconocido á la mujer en la fina ejecución, en la dulce sonoridad de las vibraciones

Y hasta admiró que esa mujer sufría en las transiciones bruscas de lo alegre á lo triste, en la elección de obras y en otros muchos pormenores que aunque insignificantes no podían pasar desapercibidos para un espíritu tan privilegiado como el de Enrique.

Al día siguiente preguntando á

la mujer que les servía pudo saber que la casa de campo situada en el camino del Tóque, había sido habitada por un *señorón de París* que la había comprado y por su hija Magdalena, una pobre señorita que estaba muy delicada de salud.

Aquella noche Enrique tuvo el capricho de tocar el violín por si se le ocurría según dijo alegremente, dar una serenata á las estrellas.

El Sr. Way llevó á su hijo á la plaza.

Al mismo sitio fueron las dos noches siguientes.

Al tercer día le costó trabajo suprimir una sonrisa de satisfacción al oír que su padre exclamaba.

—Hoy cambiaremos de paseo. Iremos al bosque si te parece.

—Como tu quieras.

Cuando estuvieron cerca de la casa de campo paráronse á escuchar la *elegía de Erust* tocada admirablemente por Magdalena, y Enrique que llevaba su violín bajo el brazo se apresuró á arrancar de las bien templadas cuerdas, sonidos armoniosos que eran el eco dulcísimo de la melodía que brotaba del piano.

Esta fué interrumpida bruscamente.

La joven sorprendida y ruborizada por el espionaje de que era objeto, cerró la ventana y no tocó más.

Levantando los visillos, miró poco después al parque, pero la oscuridad era tan profunda que nada pudo ver

Enrique regresó á su casa sumamente contrariado por el mal efecto que su atrevimiento causó á Magdalena.

Tres noches seguidas volvió al parque, y con inspiradas improvisaciones procuró dar á entender á la desconocida artista la pena que le embargaba.

Pero el piano continuaba mudo y la angustia del ciego iba convirtiéndose en desesperación.

—La he ofendido—exclamó un día

de abatimiento—esta noche iré, por última vez; después suplantaré á mi padre que nos marchemos de aquí...

A la hora de costumbre llegó frente á la solitaria casita apoyándose en el brazo del Sr. Way, que no vela en todo aquello más que un capricho poético.

Al instante preludió y comenzó á tocar la *melodía de Erust*.

Las notas sonoras y lastimeras del violín, interrumpiendo el silencio de la naturaleza dormida, producían un efecto maravilloso.

De repente el músico se estremeció y el arco casi se escapó de su diestra.

Otros acordes fueron á unirse á los del instrumento que Enrique manejaba, Magdalena acompañaba al piano la *Elegía*.

—¿Qué hermoso dúo!

Sin la intervención del Sr. Way se hubiera prolongado hasta el amanecer.

Regresó el joven á su casa más silencioso y grave que de costumbre. Al dar á su padre las buenas noches dijo con voz triste:

—Oye, papá.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Nada... nada mañana te lo diré.

Pareció animarse al pronunciar estas últimas palabras. Se acostó y no pudo dormir. Entretúvose en pensar en Magdalena, y para formar una idea de sus facciones evocó el recuerdo de todas las mujeres jóvenes y bonitas que había visto en los últimos años de su infancia y en los comienzos de su juventud. Tan pronto la veía rubia y tímida, como morena y graciosa. La idea de que no fuera bella, no pasó por su imaginación.

Al siguiente día abrazó á su padre con el cariño de siempre y dijo con acento firme:

—Papá, creo que no debemos retardar más mi cura.

El señor Way se quedó muy pálido y contestó:

—¿Lo has pensado bien?